

proporcionando con esto nuevas provisiones á los de Alhama: hecho lo cual se volvió con el ejército á Córdoba.

Mas no era esta sola alenta la que aguardaba á Muley Hacén: de su misma casa habia de salir la tea de la discordia que habia de acabar con su reino. Sus relaciones con Zoraya (Isabel de Solís), sus desastres ante Alhama y la crueldad que habia ejercido con los Albencerrages, habia enconado á estos y predispuerto en contra suya los ánimos. Desconfiando Muley de sus propios súbditos acudió al rey de Marruecos pidiéndole tropas para volver sobre Alhama, y al mismo tiempo mandó encerrar en una torre de la Alhambra á la sultana Aixa y á su hijo Abu-Abdallah (Boabdil el Chico); pero Aixa logró descolgar á este por una ventana y cogiéndole los Abencerrages que al efecto estaban allí dispuestos le condujeron á Guadix. Mas á los pocos dias lograron sorprender á Granada y proclamaron en ella á Boabdil, teniendo que huir Muley Hacén, quien si bien intentó de nuevo apoderarse de la ciudad, tuvo que huir y refugiarse en Málaga seguido de muy pocos. Asi quedaban divididos los musulimes en dos distintos y encarnizados bandos, el de Boabdil y el de Muley Hacén.

No descansaban entre tanto nuestros monarcas, y si bien no tuvo éxito favorable la expedición de Fernando á Loja, y fué desgraciada la del maestre de Santiago con Alonso de Cárdenas en la Ajarquia de Málaga, pronto nuevas victorias vinieron á consolar la amargura de aquellas desgracias. Pensando seriamente nuestros monarcas en emprender una guerra formal bajo un plan bien meditado que les dierra por resultado algun dia la conquista del reino granadino, acordaron para ello volver á Castilla, dejando las fronteras de Andalucía encomendadas al celo de capitanes valerosos y experimentados, y dando órdenes á los adelantados, duques, marqueses, condes y alcaldes de toda la línea para que cada cual vigilara su distrito con esmero. Viniéronse á Madrid para acordar con las Cortes acerca de los medios de realizar sus planes; pero atentos á todo quisieron reformar los abusos que se habian introducido en las hermandades de los reinos, para lo cual celebraron en la inmediata villa de Pinto junta general de todos los diputados de

las provincias y de todos los procuradores, tesoreros, oficiales y letrados de las hermandades. Los reyes oyeron todas las demandas y querellas, hicieron justicia sin acepcion de personas, moderaron los salarios, y reorganizaron y acabaron de moralizar la institucion. Agradecidos los procuradores de las hermandades á la imparcial y justiciera conducta de los monarcas les otorgaron hasta ocho mil hombres y diez y seis mil acémilas que habian pedido para reforzar y abastecer de mantenimientos la guarnicion de Alhama. A su ejemplo todos los particulares y personas pudientes del reino, á una indicacion de sus soberanos, les facilitaron un empréstito general, contribuyendo cada cual segun sus facultades, en la confianza de ser religiosamente reintegrados. A su vez el Papa espidió una bula para que el clero y las órdenes militares y religiosas asi de Aragon como de Castilla, les acudiesen con un subsidio para las necesidades de la guerra, y otorgó las indulgencias de Cruzada á todos los que en ella se alistasen para pelear contra los moros. Con esto en febrero de 1483 se hallaron provistos de recursos los monarcas para pagar sus atrasos al ejército y dar grande impulso á los preparativos de la guerra.

En tanto, viendo Boabdil el Chico la grata impresion que habia producido en Granada el desastre de la expedición cristiana en la Ajarquia de Málaga y los aplausos que el pueblo daba á su padre y enemigo Muley Hacén, y creyendo que para no desconceptuarse él era preciso hiciera algo contra los cristianos, juntó una hueste de mil quinientos caballos y siete mil infantes, y despreciando los fatídicos agüeros que se hicieron de su expedición, por haberse espantado su caballo tordo al salir por la puerta de Elvira y héchose astillas su lanza que trepezó en la bóveda del arco, y vistose atravesar el camino una raposa por entre las filas de los soldados saliendo ilesta de las muchas flechas que estos la arrojaron, prosiguió su marcha, pernoctó en Loja, donde se incorporó con su suegro Aliatar, el que habia defendido esta plaza en el frustrado ataque del rey Fernando; devastó luego los campos de Aguilar, Cabra y Montiel, y procedió á poner sitio á Lucena. Mandaba en esta el alcaide de los Donceles, don Diego Fernandez de Córdoba. Defendióla este con destreza, y recibiendo nuevos refuerzos empeñá-

ronse reñidísimas acciones, emprendiendo al fin los moros una vergonzosa retirada, muriendo en ella Aliatar y quedando preso el mismo Boabdil quien al frente de un escuadron de nobles jóvenes que se fueron sosteniendo con mucho orden hasta las márgenes de un arroyo en cuyo cieno se encallaban hombres y bestias que intentaban vadearle (21 de abril de 1483.)

La batalla de Lucena costó á los moros la pérdida de cinco mil hombres, entre muertos y cautivos, entre ellos mucha parte de la nobleza de Granada, mil caballos, novecientas acémilas cargadas de botín y veinte y dos estandartes, juntamente con la muerte del valeroso Aliatar, padre de Moraima, sultana favorita de Boabdil y la prision de este. Habíasele creído muerto, y Muley-Hacén aprovechándose de este rumor, pasó inmediatamente á Granada, se metió en la Alhambra y de nuevo fué restablecido en el trono de que su hijo le lanzara. Mantúvose sin embargo inflexible la sultana madre, se retiró con sus doncellas y tesoros á vivir en el Albaicin, y habiendo sabido por un moro noble el cautiverio de su hijo, el cual de orden de Fernando habia sido trasladado á Córdoba y de allí á la fortaleza de Porcuna, envió la sultana madre una embajada al rey Fernando solicitando el rescate de su hijo, por el cual ofrecia gran suma de dinero y multitud de cautivos cristianos. Discutióse en el consejo si se habia de acceder ó no al rescate de Boabdil. El maestre de Santiago y los de su bando opinaban debia conservársele como prenda de gran valor y que asi no debia dársele libertad; pero fué de contrario parecer el marqués de Cádiz, el cual manifestó que en su sentir la libertad del príncipe era lo mas conveniente á la causa cristiana, puesto que esa libertad que se le daba bastaria por sí sola para encender la discordia y la guerra civil entre los mismos musulmanes, y esto equivalia á obtener sobre ellos muchos é importantes triunfos. Apoyó este dictámen el cardenal de España, y queriendo Fernando oír sobre esto el parecer de su esposa Isabel, que á la sazón se hallaba en las provincias del Norte, la consultó y ella se adhirió al voto de los citados cardenal y marqués. En su consecuencia se acordó acceder al rescate de Boabdil con las condiciones siguientes: 1.ª Abdallah (Boabdil) seria fiel vasallo de los reyes de Castilla; 2.ª pagaria un tributo anual

de doce mil doblas de oro; 3.ª entregaria cuatrocientos cautivos cristianos; 4.ª daria paso por sus tierras para que fuesen á hacer la guerra á su padre Muley Hacén y á su tio Abu Abdallah el Zagal; 5.ª se presentaria en la corte cuando á ella fuese llamado y daria su hijo y los de los principales nobles en rehenes para la seguridad de aquel concierto; 6.ª se guardarían treguas por dos años entre los dos príncipes.

Acceptadas por Boabdil estas condiciones tan humillantes para los moros, se acordó que Boabdil fuese conducido á Córdoba á tener una entrevista con el rey Fernando, y habida esta con las ceremonias prescritas, y ajustadas definitivamente las condiciones del rescate, un caballero abencerraje condujo á Córdoba el tierno hijo de Boabdil y de Moraima y otros nobles mancebos granadinos (31 de agosto), y Boabdil tuvo que pasar por el amargo trance de despedirse de su querido hijo, con lo cual partió libre para la frontera escoltado por caballeros y donceles andaluces, lleno de regalos que le hizo el rey Fernando y con la esperanza de recobrar su trono.

Marchó en efecto á Granada acompañado de los de su partido que le aguardaban en la frontera, y de noche y sin ser sentido pudo llegar al pié de los muros del Albaicin donde entró por un postigo secreto siendo recibido con lágrimas de alegría por su madre y su esposa, Aixa y Moraima. Al dia siguiente antes de amanecer, sus partidarios le proclamaron en Granada, y al oírlo Muley salió á las calles con su gente y se trabó la mas encarnizada pelea, renovándose esta al dia siguiente, corriendo en abundancia la sangre musulmana y verificándose así muy luego lo que el cardenal de España y el marqués de Cádiz y con ellos Isabel habian previsto. Llegó á tal punto la matanza de los moros entre sí que asustados de ella los jeques granadinos, mediaron en la contienda para que se celebrase un armisticio; entróse luego en negociaciones y se convino en que Boabdil con los de su partido fuese á establecerse como rey en Almería, con lo cual quedó dividido el reino granadino, y como los ánimos estaban exacerbados se facilitaba el triunfo á las armas castellanas.

Obtuvieronle estas muy señalado en las

orillas del Lopera contra la tribu de zegríes y los gomeles que al mando de Hamet el Zegrí y el veterano Begir había enviado Muley á talar los campos y causar destrozos en las tierras de Sevilla, siendo el resultado quedar herido el Begir de Málaga, perder los moros seiscientos hombres entre muertos y cautivos, y huir Hamet el Zegrí con unos pocos de su cuadrilla que lograron internarse en los bosques guiados por un renegado. Don Luis Portocarrero y el marqués de Cádiz, que mandaban las huestes castellanas, enviaron á los reyes Fernando é Isabel, que se hallaban en Vitoria, los quince estandartes que habían cogido al enemigo, y nuestros monarcas celebraron el triunfo con acciones de gracias á Dios, repique de campanas, luminarias y procesiones. Alentadas más y más nuestras tropas con los triunfos obtenidos en Lopera y en Lucena emprendieron con desahogo un sistema de ataques é irrupciones que fueron coronados del éxito mas feliz. Portocarrero y el marqués de Cádiz volvieron á apoderarse de la fortaleza de Zahara que como ya dijimos fué tiempo atrás sorprendida por Muley y de donde tuvo principio la guerra; luego el ejército hizo una correría desde Antequera y taló las mieses y viñedos de las comarcas de Alora, Coin y Cartama que tanto ciudaban los moros; á su vez el conde de Tendilla, don Íñigo Lopez de Mendoza, que mandaba en Alhama, disciplinaba y aguerria sus tropas, empezándose allí á distinguir el valeroso Hernán Perez del Pulgar que mereció se le llamase *el de las Hazañas*, é inventándose el papel moneda; pues el conde, no teniendo metálico para pagar la tropa, la dió una moneda de carton mandando se recibiese como dinero y que luego sería reintegrado.

Fernando é Isabel pensaron en continuar cada vez con mas seriedad la guerra, y para ello aumentaron grandemente el arma de artillería, para cuyo transporte iban delante azadoneros con hachas, picos y palas, cortando árboles, desbrozando terrenos y abriendo anchurosos caminos. Alora fué la primera fortaleza que en aquel año de 1484 se rindió á los ataques de la artillería; despues cayó tambien en poder de los nuestros la plaza de Setenil que en otro tiempo habia resistido á los terribles ataques de Fernando de Antequera; y entretanto y continuamente seguitan las talas de

los campos en las correrías que hacian los nuestros y en que llegaron hasta casi las puertas de Granada. Ayudábales mucho la division y lucha encarnizada que reinaba en el campo musulman; pues si bien el anciano Muley yacia postrado en cama y casi ciego, se veia sostenido por su hermano el Zagal, el cual en una correría llegó á apoderarse de Almería, corte de Boabdil, teniendo este que huir por aviso que antes tuvo é irse á refugiarse á Córdoba al amparo de los reyes católicos, quienes le recibieron muy bien, dando orden para que se le protegiese en su guerra contra Muley y para que los buques vigilaran las costas á fin de que este no recibiese auxilios de África.

Por su parte Isabel, que era el alma de esta guerra santa, dictaba las medidas conducentes para que nada faltase á las tropas y estimulaba su valor, premiando sus gloriosos hechos. En la primavera pues del año siguiente (1485) emprendió de nuevo la campaña el rey Fernando, saliendo de Córdoba el 5 de abril con veinte mil infantes y nueve mil caballos. Despues de escarmentar á los moros de Benamejil, quemando la villa y reduciendo á esclavitud á sus moradores, menos los que habia colgado de los muros, porque siendo mudéjares ó vasallos de Castilla, se habian rebelado, pasó á sitiar á Coin, y á pesar de los esfuerzos de Hamet el Zegrí, tuvo este que capitular y entregar la villa al rey Fernando el cual se apoderó en seguida de Cartama. De allí y con aviso que tuvo de lo descuidada que estaba Ronda, fiados los moros en la posicion que ocupaba y que era difícil de tomar, pasó Fernando á sitiarla, y á pesar de la resistencia que encontró lograron al fin los valientes castellanos apoderarse de ella (mayo de 1485), y sacaron de las mazmorras hasta cuatrocientos cautivos cristianos que allí yacian macilentos, demacrados y medio desnudos, muchos de ellos desde la catástrofe de la Ajarquia. Enviólos Fernando á Córdoba, y á vista de aquellos esqueletos vivientes conmoviéronse con melancólica alegría, dice Lafuente, las entrañas de la piadosa Isabel, la cual despues de darles á besar su mano y de consolarlos como una madre, mandó que inmediatamente se les suministraran alimentos y vestidos y se les facilitasen recursos para que pudieran ir á restablecerse en el seno de sus familias. Las mezquitas de Ronda fueron con-

vertidas en templos cristianos, y el rey, despues de premiar á sus valientes, despues de evacuada la ciudad por los sarracenos, unos para emigrar á África y otros para establecerse como mudéjares en las aldeas de la montaña, despues de recibir la sumision de mas de sesenta alcaldes de las fortalezas y lugares de la sierra, que llenos de pavor imploraban la clemencia del monarca cristiano; despues de dejar avanzadas las líneas de frontera algunas leguas mas adelante, reparados algunos castillos y nombrados los gobernadores de cada punto, regresó á Córdoba el rey Fernando en el mes de julio á recibir los plácemes de la virtuosa Isabel y las aclamaciones del pueblo.

Estas pérdidas y desastres de los moros, en vez de unirlos entre sí, solo servian para exacerbar mas sus odios. Por último, un dia despues de arengar á los granadinos un sabio alfaquí llamado Maser, hombre que tenia grande influjo, exclamaron todos: «Viva Abdallah el Zagal, viva el wali de Málaga y sea nuestro señor y caudillo.» Luego que esto supo Muley, reunió su Consejo y abdicó en su hermano el Zagal. Fueron á notificarle este suceso, y al venir de Málaga con su gente halló descansando en una pradera unos caballeros cristianos, echóse sobre ellos y cortado que les hubo la cabeza, hizo luego su entrada en Granada ostentando su gente en los arzones de las sillas las cabezas de los cristianos sacrificados. Otra pequeña sorpresa hizo Reduan Venegas; pero la pena que estas desgracias causaban á los reyes católicos, se mitigó con la noticia de las conquistas de Cambil y Alhabar en la frontera de Jaen, y la de otra fortaleza junto á Alhama. Asi mas consolados regresaron los reyes á Toledo donde les llamaban negocios pertenecientes al bien del Estado.

En esto falleció el viejo Muley Hacén; y hallándose Boabdil en Córdoba, su madre la sultana Aixa, para desacreditar al Zagal, que ya hemos visto entronizado en Granada, hizo cundir en esta ciudad la voz de que el Zagal era quien con un filtro habia causado la muerte de su hermano Muley. Con esto se encontraron de nuevo los partidos, volvió á correr la sangre musulmana, y por último, á semejanza de lo que en otra ocasion habian hecho, acordaron que el Zagal imperaria en la ciudad de

Almería, Málaga, Velez, y en el territorio de Almuñecar y la Alpujarra, donde ya habia ejercido mandos; y que Boabdil dominaria la parte limitrofe á las fronteras cristianas, que se suponía habian de ser mas respetadas por sus relaciones con los reyes de Castilla; en fin, que ambos soberanos residirian simultáneamente en Granada, aposentado el Zagal en el alcázar de la Alhambra, y Boabdil en el palacio del Albaicín. El resultado de esta particion, que ninguno de los dos aceptó de buena fé, era el que podia esperarse. El Zagal avisó á sus valies estuviesen prontos á ayudarle contra Boabdil, y á su vez este escribió al rey Fernando (el cual no podia menos de alegrarse de las ventajas que esta escision le proporcionaba) que siendo feudatario de Castilla esperaba se abstendria de hacer la guerra á los pueblos de sus dominios. El astuto Fernando, para intimidar á Boabdil y mantener viva la escision, contestó mostrándose quejoso de la alianza con el Zagal y tachándola de ser una confederacion de los dos contra Castilla que él sabria desbaratar con las armas. No tardó, en efecto, en presentarse sobre Loja (mayo de 1486), que era una de las principales ciudades de Boabdil, un ejército de doce mil infantes y cinco mil caballos, avanzada del gran ejército que le seguia, compuesto de cuarenta mil peones y doce mil guerreros que Fernando é Isabel habian podido reunir en Córdoba y que iban mandados por el mismo Fernando. Mucho sintió este ataque Boabdil; pero impelido por los suyos marchó á defender á Loja, llevando entre sus capitanes al terrible Hamet el Zegrí. Empeñóse la pelea entre unos y otros con el mayor ardimiento, y á Boabdil tuvieron los suyos que retirarle del campo brotando sangre por dos heridas que le abrieron los tiradores del marqués de Cádiz. A pesar de las arremetidas del Zegrí, logró Fernando sentar sus reales en las colinas, colocar su artillería, fortificar sus trincheras y atacar la plaza por cuatro puntos simultáneamente, comenzando á distinguirse allí Gonzalo de Córdoba, llamado despues el Gran Capitan. Asaltada la ciudad por puertas, muros y tejados, arrollados los moros por calles y plazas, cubiertas éstas de cadáveres, despues de tres horas de mortandad, y refugiados aquellos en el alcázar, trataron de capitular, pues hasta el Zegrí se

hallaba herido. Oponiase Boabdil temiendo el enojo del rey Fernando; pero al fin accedió á las razones que para ello le alegó Ben Aliatar. Gonzalo de Córdoba, que ya conocia á Boabdil desde el encierro de este en Porcuna, pasó á conferenciar con él, y el marqués de Cádiz con Hamet el Zegri. Las condiciones de la capitulación fueron que Boabdil abdicaria el título de rey de Granada; que en su lugar se le daría el de duque ó marqués de Guadix con el señorío de esta ciudad, si se ganaba antes de seis meses, pues de otro modo obtendría la grandeza de Castilla; que había de hacer guerra á su tío el Zagal; y que á los soldados y moradores de Loja se les permitiría pasar con sus bienes muebles á Africa ó Granada, ó á cualquier punto de la España cristiana. Diéronse algunos rehenes para la seguridad del cumplimiento de lo pactado, y en 29 de mayo de 1486 se entregó la fortaleza; aquella misma fortaleza de Loja ante la cual pocos años antes tuvo que retirarse el ejército cristiano. Así vengó Fernando, dice un historiador, la afrenta que en otro tiempo le había hecho sufrir allí el brioso y altivo Aliatar. Boabdil, á quien el rey Fernando recibió con su acostumbrada bondad, pasó á curarse á Priego, y luego se fué á Lorca para alimentar desde allí la guerra contra el Zagal. La noticia de este tan señalado triunfo fué celebrada en Córdoba por la reina Isabel del modo que esta solía hacerlo, distribuyendo limosnas y repartiendo dádivas y consuelos á los cautivos rescatados.

A la conquista de Loja siguióse la de Illora, y el ejército marchó a sitiar á Moelin; mas para concertar el plan de ataque quiso oírse el dictamen de la reina Isabel, á cuyo efecto salió esta de Córdoba, y por Archidona y Loja llegó al campamento montada en una mula castaña, acompañada de sus damas, montadas también en mulas, cubiertas todas de ricos jaeces. Recibida Isabel en el campamento con el mayor entusiasmo de todo el ejército y con gran placer de Fernando, se trasladaron a las tiendas que les estaban preparadas. «Era ciertamente, dice Lalueyte, un espectáculo interesante y tierno el de un ejército que se entusiasmaba y fortalecía con la presencia de una mujer. Pero era una mujer á quien capitanes y soldados estaban igualmente agradecidos, porque á ella se debían los aprestos y recursos de la guerra,

era el alma de todo, y á todos atendía y de todos cuidaba con solicitud prodigiosa, y la veían dispuesta hasta á compartir con ellos las privaciones y fatigas de la guerra. Isabel continuó en efecto con el ejército durante esta campaña, que habiendo comenzado por la conquista de Loja, y proseguido por las de Illora, Moelin, Montefrío, Colomera y el Salar, concluyó con una tala rigorosa en la vega de Granada, siendo Isabel la que tomaba medidas y disposiciones para la conservación y seguridad de las poblaciones y castillos conquistados.»

Regresaron nuestros reyes á Córdoba ufanos y contentos; pero la rabia y el despecho se habían apoderado del Zagal al saber lo ocurrido con Boabdil en Loja; llegó hasta el punto de perseguir de muerte á los partidarios de este y enviar emisarios que con pretexto de una conferencia le envenenaran. Súpolo el Chico y escribió al Zagal en los siguientes términos: «No aplacaré mi sed de venganza hasta ver clavada en una puerta de la Alhambra tu cabeza.» Irritado Boabdil marchó con sus abencerrages, y una madrugada apareció al pie del Albaicín. Trábase la mas cruel y encarnizada lucha entre los de Boabdil y los del Zagal, entre los zegríes y los abencerrages; y viendo Boabdil que iba de vencida, imploró el auxilio del frontero cristiano D. Fadrique de Toledo, quien sabiendo lo útil que esto era á las armas cristianas, marchó en seguida. Súpolo el Zagal y envió un emisario á proponer á D. Fadrique una alianza con Castilla mas ventajosa que la hecha por Boabdil. D. Fadrique, siguiendo las instrucciones que tenia del rey, envió al intrépido comendador D. Juan de Vera para que tratase con el Zagal. Recibióle este espléndidamente en la Alhambra; mas como algunos de sus fanáticos secuaces provocasen á Vera con pláticas y cuestiones religiosas, descendiendo á comparaciones obscenas entre la madre de Mahoma y la Madre de Dios, no pudo contenerse el intrépido cristiano, y desenvainando su acero dividió de un solo tajo en dos piezas la cabeza de uno de los imprudentes y provocativos moros. Déjase conocer el alboroto que esto causaría en la Alhambra; desnudaron los moros sus alfanges, pero el cristiano con imperturbable serenidad se defendía de la multitud de cimitarras que se dirigían á su pecho; abale sin duda la Inmaculada Virgen Maria,

por cuya honra había salido. Al fin acudió el Zagal y enterado de todo castigó á los provocadores del alboroto; pero como quiera que al cundir la voz de que había cristianos en el alcázar se tumultuase el populacho, apresuróse el Zagal á poner en salvo al cristiano dándole uno de sus mas ligeros caballos y un disfraz, con lo que Juan de Vera cruzó rápidamente por entre las filas de moros, ganó el campo, y corriendo á toda brida se incorporó con don Fadrique y le refirió su aventura, premiándole luego la reina Isabel haciéndole merced de trescientos mil maravedís.

No se descuidaban entretanto Fernando y Isabel, y habiendo reunido un ejército de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos, salió aquel de Córdoba el 7 de abril de 1487, acompañado de los capitanes que mas se habían distinguido en esta guerra. Dirigíase la expedición contra Velez Málaga, cuya ocupación equivalía á cortar las comunicaciones entre las dos ciudades principales del reino granadino, y que por consiguiente era muy importante, si bien por lo mismo muy difícil de conquistar y difícil de sostener. A pesar del crudo temporal de agua que entorpecía la marcha del ejército, llegó este á acampar delante de Velez con extraordinaria sorpresa de sus moradores. Recobrados estos hicieron una salida en que cogieron de improviso á los cristianos; pero fueron rechazados por estos esponiéndose no poco el rey Fernando. Había este adoptado las medidas mas rigurosas, prohibiendo á los soldados bajo las mas severas penas las riñas, blasfemias y juegos de azar, debiéndose á esto el buen orden, disciplina, y compostura que se conservó en un ejército compuesto de gente de tantos países. Atento á todo, tomó cuantas precauciones dictaba la prudencia. Así fué que habiendo salido de Granada el Zagal, con harto disgusto suyo, pues temía se aprovecharse Boabdil de su ausencia, pero impelido á ello por los alfaques granadinos; habiendo salido, pues, de Granada para socorrer á los sitiados, vieronse él y su gente atacados por el marqués de Cádiz y otros capitanes cristianos, y los moros de Velez que estaban esperando este refuerzo, vieron retirarse de los cerros dispersas y en derrota las tropas del Zagal. Llegó á su colmo el desaliento de los sitiados cuando oyeron el ruido de los trenes

de la artillería gruesa y de los carros de municiones que conducidos por el maestro de Alcantara superando como por encanto obstáculos al parecer invencibles llegaban al campamento. Capitularon pues, y Abul Caein Venagas con-certó la rendición de la plaza con el conde de Cifuentes su antiguo cautivo, bajo las acostumbradas condiciones de seguridad de vida y bienes muebles, de poder trasladarse libremente á Africa ó á Granada y de ser respetados en sus costumbres, creencias y cultos los que quisiesen permanecer como mudejares ó vasallos de Castilla. Hecha el 27 de abril la escritura de capitulación, hizo el 3 de mayo la entrega de la ciudad, y en seguida se enarboló el estandarte de la fe en los torreones del alcázar, y se purificó y convirtió la mezquita principal en templo cristiano.

A la rendición de Velez Málaga siguió la de muchas villas y fortalezas de la Alpujarra, cuya guarnición se encomendó á valerosos capitanes; mas la conquista de Velez produjo aun otro importante resultado. Segun lo temia el Zagal, supo Boabdil aprovecharse de su ausencia, y al saber el pueblo granadino la derrota del Zagal en los cerros de Velez aclamó por su rey á Boabdil y le condujo á la Alhambra. Al regresar el Zagal, se encontró con algunos amigos que le dijeron: «Volveos, señor; Boabdil impera en Granada y hallareis cerradas las puertas de la ciudad.» El Zagal, al oír esto alzó los ojos al cielo, calló, torció las riendas de su caballo y por la Alpujarra tomó el camino de Guadix, que le era adicto como Baza y Almería.

Dueño ya de Velez el rey Fernando naturalmente era pensase redondear con la conquista de la importante plaza de Málaga la de toda la costa occidental del reino granadino y cortar de una vez la comunicación de África con la Península. Pero Málaga, situada á las orillas del Mediterráneo y protegida por dos fuertes castillos, Gibralfaro y la Alcazaba, que se enlazaban y comunicaban por galerías subterráneas, ceñida de un grueso muro reforzado con torreones, provista de artillería y de toda clase de municiones de guerra, además de estar bien preparada para un sitio, se hallaba defendida por el terrible Hamet el Zegri con sus fieros gomeles y feroces africanos. Y si bien los comerciantes, los labradores y gente acomodada, temiendo los horrores de un sitio, enta-